

montañas, estará en todos los sitios en que yo he caminado y respirado contigo.»

## CXXII

El buen anciano nos animaba hacia aquellos paseos por los hermosos campos de las cercanías de París. Tenía la esperanza, sostenida por los efectos, de que el aire vegetal, la influencia del sol y todo lo solidifica, y un moderado ejercicio al aire libre, afirmarían la enfermiza delicadeza de los nervios de Julia, y darían elasticidad á su corazón. Todos los días serenos, por espacio de cinco semanas desde el principio de la primavera, iba yo á buscarla la mañana. El carruaje en que subíamos iba enteramente cerrado para evitar las miradas y las observaciones indiscretas que conocidos y desconocidos podrían hacer al ver una joven tan encantadora con un hombre de mi edad. No me parecía á ella bastante para pasar por su hermano. Bajábamos el carruaje á la entrada de los bosques, al pie de las líneas, á las puertas de los jardines de las cercanías de París. Preferíamos en Fleury, en Meudón, en Satory, en Vincennes, las más largas y más solitarias calles de árboles tapizadas de yedra en flor que el casco de los caballos no había hollado nunca, á excepción de los días en que los reyes iban á caza. Allí no encontrábamos sino algunos niños ó algunas pobres mujeres que escarbaban la tierra con un cuchillo para recoger achicorias. A veces en tiempo en tiempo alguna cierva espantada se abalanzaba por entre las hojas, y atravesaba la calle de los árboles, hundiéndose, después de habernos mirado un momento, en la espesura de los bosques. Marchábamos en silencio, tan pronto el uno delante del otro como cogidos del brazo. Hablábamos del porvenir de la felicidad de poseer una sola de aquellas yedras de tierra deshabitadas, con una pequeña cascada que guarda bajo una de aquellas viejas encinas. Pen-

bamos en alta voz. Cogíamos violetas y flores de todas clases, con las que formábamos jeroglíficos que mirábamos mutuamente. Conservados entre las ramas de eléboro, confiábamos á estas cartas de flores una mirada, un suspiro ó un deseo, reservándonos las palabras para cuando nos hubiésemos separado. Pero nos debían recordar perpetuamente lo que no queríamos dejar escapar á nuestra memoria de aquellas deliciosas conversaciones.

Estábamos sentados á la sombra y á la orilla de aquellos bosques de árboles. Abríamos un libro, que procurábamos leer, pero que nunca pudimos llegar al fin de la primera página. Queríamos mejor leer en nosotros mismos las páginas inagotables de nuestras sensaciones. Iba á buscar leche y pan moreno á una cercana posesión, y comíamos sobre la yerba, dando á las hormigas el sobrante de leche y á los perros las migas del pan. Volvíamos al ponerse el sol en el tumultuoso océano de París, cuyo ruido y movimiento nos oprimía el corazón. Dejaba á Julia á la entrada de su casa, embriagada con el placer del momento, y yo volvía lleno de felicidad á mi solitaria habitación, golpeando sus paredes para que me dieran luz, la naturaleza y el amor de que me privaban. Comía sin apetito. Leía sin comprender. Encendía mi lámpara y esperaba, contando las horas, que llegase el momento deseado para atreverse á volver á la puerta de Julia, y pedir á la naturaleza la continuación de la entrevista del siguiente día.

## CXXIII

En los días emprendimos los mismos paseos. Los troncos de los árboles están señalados con los signos que me los enseñaron en aquellas selvas con los signos que me los enseñaron para siempre! Estos árboles son aquellos que una sombra se sentó, al pie de los cuales asombradas oleadas de vida un rayo de sol ó una boca-



nada del aire embalsamado de los bosques. El sajero indiferente ve esos árboles sin imaginárselos para alguno las columnas de un templo. El adorador está sobre la tierra y cuya divinidad está en el cielo! ¡Al presente voy aún á visitarlos dos veces cada primavera en los aniversarios de estos dichosos paseos! ¡Cuándo el hacha los derribe se me figura que hiere sobre mí, y que arranca un pedazo de mi propio corazón!

## CXXIV

En la colina más elevada y más habitualmente litaria del jardín de Saint-Cloud, en el sitio de la loma de la colina se redondea para inclinarse dos pendientes opuestas, una hacia el valle de las vres y la otra hacia la explanada de la casa, un espacio formado por la confluencia de tres caminos de árboles. Allí se reúnen éstas, sobre un campo de césped. La vista descubre de lejos algún raro árbol que viene por la mañana á turbar su tranquilidad. Este promontorio de la colina domina la llanura de Issy, la corriente del Sena y el camino de Versalles. Contenido por las tres leguas de la selva que se alzan en triángulos entre las calles que allí se cruzan, bañado en sombra por los inmensos árboles que le rodean, se asemeja á un lago redondeado en el que las yerbas y el follaje hacen las veces de islas. Si se dirige la vista hacia el valle de Sevres, se tiene otra perspectiva que un extenso campo de agua. Esta descende rápida hacia la corriente de la cascada de verde heno como una cascada de olas por el viento. Este campo se ve desde el fondo del valle en negras masas de arbustos, de un soto poblado de corzos; por encima de estos arbustos se ven, al otro lado del Sena, los techos de pizarra azulada, y la cima de los jardines majestuosos de Meudón que se dibujan sobre el cielo de verano. Sobre este promontorio

se disfruta á la vez de la elevación de una montaña, del silencio y del abrigo de un valle, y de la soledad de un desierto veniamos á descansar con mucha frecuencia. Allí respira el pecho mejor. El alma escucha con más recogimiento, y el alma toma un vuelo más alto su vuelo por encima de los horizontes de la vida.

## CXXV

Este pintoresco lugar nos dirigiamos una de las primeras mañanas del mes de Mayo, á la hora en que la inmensa selva no tiene más huéspedes que los pájaros, que van á saltar sobre sus calles desiertas. Algún guarda que otro suele de muy tarde en tarde cruzar por ellas como un punto negro al fin de los horizontes. Sentámonos en el séptimo árbol que forma el semicírculo de la explanada que da origen á la campiña de Sevres. Hay siglos enteros que cubierta viviente de aquella encina, y en las curvas de sus ramas. Sus raíces, hinchándose de savia para alimentar su tronco y sostenerle, han conseguido desprender la tierra de alrededor, y le rodean en un declive de musgo que forma un banco natural cuyo dosel es la misma encina, y cuyos pabellones son sus ramas bajas.

La mañana estaba tan límpida como el agua del cielo. Al elevarse el sol, visto desde un cabo de las montañas del Archipiélago. Los rayos ya abrasadores del verano se desprendían de un cielo diáfano sobre la colina. Estos rayos volvían á salir de las espesuras de las montañas tibios, como las olas impregnadas de sol que vienen á lamer en la sombra el pie de la joven que se baña. No se oía otro ruido que el de algunas gotas secas del invierno precedente que caían á las montañas de la savia al pie del árbol, para hacer lugar á las nuevas, apenas desarrolladas; el vuelo de las aves, que rozaban las alas contra las ramas al aproximarse á sus nidos, un vago y universal susu-



ro de insectos insaciables de luz que salían y volaban como un polvo tenue á la menor ondulación que el viento imprimía sobre los sembrados del campo en flor.

## CXXVI

Era tan parecida aquella juventud del año y del día, con la nuestra, una armonía tan completa entre aquella luz, aquel calor, aquel esplendor, aquellos ruidos alternados, aquel éxtasis reflexivo de la naturaleza y nuestras propias sensaciones; nos sentíamos tan deliciosamente confundidos y como transfigurados en aquel aire, en aquel firmamento, en aquella vida, en aquella paz, en aquella visible inmutabilidad de la obra de Dios á nuestro alrededor; nos parecíamos tan completamente uno á otro en aquella soledad, que nuestros pensamientos y nuestras sensaciones superabundantes, pero satisfechas, se basaban á sí mismas, no teniendo que fatigarse interiormente en buscar palabras para presentarse al exterior. Nada más podían contener ya nuestros corazones aunque nuestros corazones eran bastante grandes para contenerlo todo. Nada procuraba escaparse de ellos, y apenas se nos hubiera oído respirar.

Ignoro el tiempo que permanecimos de aquel modo, mudos é inmóviles, uno al lado del otro, sentados sobre las raíces de la encina, con las manos ante los ojos, la frente entre las manos, con los pies al sol sobre la yerba, y la cabeza en la sombra. Pero cuando levanté ésta, la sombra había ya retrocedido delante de nosotros toda la extensión de los pliegues del vestido de Julia. Yo la miré. Julia levantó la cabeza como impulsada por la misma fuerza que me había hecho levantar la mía. Me miró, y sin poder decir una sola palabra, le brotarou de sus ojos dos manantiales de lágrimas.—«¿Por qué lloráis?» la dije con una inquieta solicitud, pero en voz muy baja, temiendo turbar sus silenciosos pensamientos.—«Lloro de felicidad», me respondió. Y la sonrisa se pintaba en sus labios, en tanto que gruesas lágrimas bañaban y brillaban sobre sus mejillas, como un

rio de la primavera.—«¡Oh! sí; ¡lloro de felicidad, prosiguió; este día, esta hora, ese cielo, este sitio, este pan, este silencio, esta soledad, esta completa comunión de nuestras dos almas, que no necesitan hablar para oirse, y que respiran para las dos en un solo alimento; esto es demasiado para una naturaleza mortal que el exceso de alegría puede ahogar lo mismo que el exceso de dolor, y que no teniendo un dolor en el pecho, gime por no poder gemir, y llora por no poder dignamente dar las gracias!...»

Y se detuvo un momento. Sus mejillas se coloraron. Temí que la muerte le arrebatase en su éxtasis, pero su voz me tranquilizó en el momento.—«Rafael, Rafael! exclamó con una solemnidad tal, que me asombró, y como si me hubiese anunciado una cosa largo tiempo y dolorosamente esperada. Rafael, hay un Dios!—¿Y quién os lo ha revelado, por que hoy y no otro día?» la dije.

«El amor! me contestó, levantando pausadamente hacia el cielo sus hermosos ojos, llenos de lágrimas; si el amor que siento correr á torrentes dentro de mi corazón con murmullos y estremecimientos que nunca había experimentado con tanta frecuencia y con tanta tranquilidad.

No, ahora no lo dudo, prosiguió con un acento que la seguridad se mezclaba á la alegría; el manantial que anega mi alma en tanta felicidad no puede emanar de la tierra, y este manantial no puede perderse, habiendo brotado una vez! Hay un amor eterno, y el nuestro no es más que una gota de ese amor, que iremos á confundir en el divino océano de donde la hemos tomado. ¡Este océano es Dios; le he visto, le he sentido, le he comprendido en este momento por medio de mi felicidad! ¡Rafael, yo no os amo, vos no me amáis; á Dios únicamente es á quien adoramos, yo uno para el otro el intermedio de este amor! ¡Vosotros le adoramos á través de estas lágrimas de felicidad que nos revelan y nos ocultan á la vez el amor inmortal de nuestros corazones! ¡Perezcan, prosiguió con más animación en sus palabras y en



sus miradas; perezcan los vanos nombres que aquí habíamos dado á nuestros éxtasis amorosos. Un solo nombre puede únicamente expresarse, que acaba de serme revelado en este momento. ¡Dios, Dios, Dios! repitió, como si hubiese querido acostumbrarse á un lenguaje nuevo. De aquí adelante el sentimiento que ocupe nuestro corazón no será amor para nosotros, sino una sagrada y piadosa adoración. ¡Rafaell! ¿Me comprendéis? ¡Yo seréis Rafael, sino el culto de mi Dios!»

Nos levantamos, impulsados por el entusiasmo, abrazamos el tronco del árbol y le bendijimos con la inspiración que había descendido de sus ramas. ¡Le dimos un nombre, llamándole el árbol de la adoración! Bajamos á pasos lentos la pendiente de Saint-Cloud, y nos internamos en el bulevar de París. ¡Pero Julia entró en él con el conocimiento de Dios, hallado por fin dentro de su corazón, con la alegría de ver en él aquel luminoso material interior de consuelo, de paz y de esperanza.

## CXXVII

Después de algún tiempo me sucedió, que los días que me veía obligado á hacer para acompañar á Julia á aquellos paseos reducidos de tal modo el producto de la venta del timo diamante de mi madre, que sólo contaba unos cuantos luíses. Caía en un acceso de desesperación al pensar de contar por las tardes el escaso número de días de felicidad que representaba aquella cortísima felicidad. Me hubiera avergonzado de confesar á Julia el exceso de mi indigencia, porque ella de por sí poco rica, hubiera querido ser más rica. Mis relaciones con ella se iban degradando á mis ojos, y yo tenía en más estima que la vida, habiendo preferido morir á estar con ella.

La vida sedentaria que había llevado todo

lo en la obscuridad de mi alcoba; la constancia en los estudios, la presencia de un solo pensamiento, la falta de sueño por las noches, y más que todo el aislamiento moral que el desbordamiento constante de las fuerzas del alma hace experimentar á una razón demasiado débil para resistir á un éxtasis interrumpido de diez meses, habían minado mi organización. Bajo la máscara de un rostro pálido y descarnado, era mi sér una llama que ardía en un momento, que debía consumir su propio hogar. Me suplicaba que respirase por algún tiempo en el aire natural, y que conservase mi vida, aún á expensas de su felicidad. Me envió su médico para que me consultara la autoridad de la ciencia á las súplicas del doctor Alain, ó mejor dicho, este amigo, que me llamaba el doctor Alain, era uno de esos séres de una sensibilidad, cuya fisonomía parece atraer un reflejo de la luz sobre la buhardilla del pobre á quien van á dar. Padeciendo él mismo una enfermedad del corazón, consecuencia de una pasión pura y llena de entusiasmo por una de las mujeres más bellas de París, poseedor de una pequeña fortuna, que basaba su vida en la sobriedad de su vida y á sus caritativas limitaciones; hombre de una piedad sin límites, activa y constante, no ejercía su profesión sino con algunos enfermos, y para los necesitados. Su medicina era la caridad y la caridad en acción. Esta profesión, tan sencilla cuando no es avara, ejercita de tal modo la bondad humana, que, empezando por ser una virtud, acaba por ser una virtud. La medicina ha llegado á ser para el desgraciado doctor Alain más que una virtud: ¡era una pasión para aliviar las miserias del alma y del cuerpo á veces tan encadenadas unas á otras! Alain era el portador de la vida y de la salud al mismo tiempo, y hacía resucitar la tranquilidad y la inmortalidad aun sobre la misma muerte.

Me he visto morir algunos años después con la tranquilidad de los justos: había de antemano hecho mi aprendizaje sentado en la cabecera de los moribundos. Encadenado á su cama y sin movimiento



durante seis meses de agonía, contaba con las horas que le separaban de la eternidad. El reloj de péndola que tenía á los pies de la cama, veíase entre sus manos un crucifijo, símbolo de paciencia. Sus miradas no abandonaban nunca aquel amigo divino, como si estuviese conversando con él al pie de la cruz. Cuando el dolor sobrevenía á sus fuerzas, hacía que le aproximasen el crucifijo á la boca, y sus quejidos se confundían con las oraciones. Descansaba, en fin, en sus esperanzas en el mucho bien que había hecho. Encargó á los pobres que acumulasen ante su muerte el tesoro de la piedad que él les había repartido, y murió sin herencia alguna, en una buhardilla, y sobre una pobre cama. Los pobres se encargaron de la conservación de su cuerpo, dándole una sepultura decente en la tierra común. ¡Oh, alma santa, que me haces sonreír y presentarse sobre aquel rostro de beatitud y de beatitud íntima tanta virtud! ¿Sería para mí mentira? ¿Te habrás evaporado como el reflejo de mi lámpara sobre tu retrato, cuando mi mano te dio la luz que me ha servido para contemplarte? ¡Es imposible! Dios es justo y fiel, y no te hubiera engañado á tí, que no hubieras sido capaz de engañar á nadie en el mundo.

## CXXVIII

El médico simpatizó conmigo y me trató con mayor solicitud y ternura. Hubiérase dicho que Julia le había comunicado una parte de su enfermedad. Comprendió perfectamente mi enfermedad, y jamás sospechar que lo había conocido. Era un médico bueno y práctico en sí mismo para desconocer otros una afección moral. Me mandó al momento salir de París bajo pena de muerte, haciéndome conocer su sentencia por boca de Julia, comunicándome sus temores. Valióse de la tierna autoridad del amor para arrebatarme al amor, y dulcificó la sentencia con la esperanza. Dispuso que primero

algún tiempo con mi familia, y que después me llevase los baños en Saboya, donde Julia se reunió con un amigo, de orden suya, al principio del otoño. Julia no pareció alarmarse por los síntomas de su enfermedad. Este fuego que no podía desconocer entre nosotros, también una purificación. Su fisonomía no recordaba otra cosa que la indulgencia del hombre y la misericordia de Dios. De este modo desató, para salvarnos, el hilo que nos iba á ahogar á entrambos. Consentí que Julia me acompañara en marchar el primero. Julia me juró que cuidaría poco en seguirme. ¡Ay! sus lágrimas, su debilidad, el temblor de sus labios, lo aseguraban mejor que sus mismos juramentos. Quedó conmigo en que yo saldría de París en el momento que mis fuerzas me permitiesen el viajar. El día 18 de octubre fué el señalado para mi partida.

Antes de nuestra despedida, contábamos los minutos por horas, y las horas por días. Hubiéramos querido acumular y concentrar los años en un día, para disputar y arrancar anticipadamente el tiempo la felicidad de que íbamos á disfrutar durante tantos meses. Estos días fueron días de alegría, al mismo tiempo que de angustia y agonía. En cada entrevista, en cada mirada, en cada palabra el frío del siguiente día que se iba acercando. Estos placeres no son placeres, sino dolores del corazón y suplicios del amor.

Despedimos á nuestra despedida todo el día que quedaba al de mi viaje. Quisimos darnos este adiós, como la sombra de las paredes, que ahogan el alma, y como la sombra de las personas indiferentes, sino bajo el cielo libre, á la luz del día, y en la soledad y silencio. La naturaleza se asocia á todas las sensaciones del hombre. ¡Ella las eleva al cielo para cantarlas y divinizarlas!

## CXXIX

Despedimos á nuestra despedida por la mañana, un día que el alquiler nos conducía por las calles de



París, con los vidrios bajos y corridas las cortinas. Atravesamos de este modo las calles solitarias de los barrios altos de París, que van á desembocar en las altas paredes del mercado de Mousseau. Este punto reservado entonces exclusivamente á los paseos de los príncipes que le poseían, no se abría sino á la representación de una esquila de entrada, esquilas que se daban con mucha parsimonia á algunos extranjeros ó á algunos viajeros curiosos por ver aquella maestra de la vegetación. Había yo logrado al fin una de estas esquilas por medio de uno de los amigos de mi madre, que pertenecía á la casa de los príncipes. Escogí este sitio solitario, porque sus dueños estaban fuera de París; que las visitas no se permitían durante su ausencia, y que los mismos jardineros estarían fuera de allí para ir á dar á sus anchuras un día de vacación.

Este magnífico desierto plantado de bosques, regado por los prados, regado por aguas corrientes por estanques silenciosos, poetizado de monumentos, de columnas, de ruinas, representación del tiempo en que el arte ha imitado la antigüedad, las piedras, y cuyos restos carcomía la yerba, debía tener por aquel día otros huéspedes que los insectos, las aves y nosotros. ¡Ay, nunca se ped y sus hojas fueron regados con más lágrimas.

Cuando el cielo estaba más templado y resplandeciente, tanto más combatían sobre la yerba las sombras y la luz al soplo del viento del verano. La sombra de las alas de un ave que perseguía al viento con tanta mayor armonía lanzaban los ruidos de su vuelo, el aire sonoro sus cánticos dulces y felices; como la pureza reflejaban las aguas sobre su espejo tranquilo los variados colores que tapizaban el borde de su corriente. Tanto más triste era para nosotros aquella alegría, tanto más la resplandeciente tranquilidad de mañana de primavera contrastada con la nube de la tarde que gravitaba sobre nuestros corazones. Procurábamos engañarnos un momento espantando nuestra imaginación sobre la belleza del

del brillo de las flores, sobre los perfumes del viento, sobre el espesor de las sombras y sobre el recuerdo de aquellos lugares que hubieran bastado para mantener la felicidad de un mundo de amor. Diríamos meramente, por complacencia, una mirada perdida sobre tantas bellezas, pero esta mirada se iba bien pronto al suelo. Nuestros acentos, resplandeciendo con efímeras fórmulas de alegría y de ilusión, hacían traición al vacío de palabras, á la fugacidad de nuestros pensamientos: unas y otros iban fijos en otra parte.

Como si también nos sentamos de vez en cuando en el ramaje de los más hermosos cedros, sobre los labrados de las columnas, más sepultadas en la sombra al borde de las aguas, más silenciosas y más escondidas de los estanques para pasar allí las largas horas de una última entrevista. Habíamos escogido uno de estos sitios, cuando una vaga inquietud nos apresuró á abandonarlo para buscar otro. En la sombra, allí la luz, más allá el ruido inoportuno de la cascada ó el obstinado canto del ruiseñor sobre nuestras cabezas, hacíanos amargo aquel placido y doloroso aquel espectáculo. Cuando el corazón se dolía dolorosamente en el pecho, toda la naturaleza parecía hacer daño. El mismo Edén sería un suplicio para el testigo de la separación de dos amantes.

Después de haber estado un rato perdidos al fin de andar sin rumbo, sin hallar un espacio de dos horas, concluimos por sentarnos al lado de un puentecillo colocado sobre un arroyo, un poco separados el uno del otro, como si el ruido de nuestra respiración nos hubiese sido importante como si hubiésemos querido instintivamente comunicarnos uno á otro el sordo murmullo de los sollozos anteriores que sentíamos próximos á estallar en el pecho. Por largo tiempo contemplamos distanciosamente la corriente verdosa del arroyo que se sumergía en el arco del puentecillo. Tan prontamente se desmenuzaba en el agua una hoja blanca de la azucena caída en el cauce, tan pronto un nido vacío que el viento había desprendido de los árboles. De repente vimos



flotar sobre aquellas aguas con las alas inmóviles abiertas el cuerpo de una golondrina de primavera. Se había ahogado sin duda al beber de aquella agua antes de que sus alas tuviesen la fuerza suficiente para sostenerla. Esta golondrina nos recordó la que había caído muerta á nuestros pies desde lo alto de la torre desmantelada del antiguo castillo al borde del lago, y que nos había entristecido como un presagio. El ave muerta pasó lentamente delante de nosotros, y la superficie del agua, al hacer un solo pliegue, la arrastró y la sumergió poco á poco en la profunda oscuridad del cerco del puente. Así que hubo desaparecido el cuerpo de la ave vimos otra golondrina pasar y repasar cínicamente bajo el arco dando gritos lastimeros y rozando las alas contra la bóveda. Nos miramos involuntariamente. No podré explicar todo cuanto dijeron tras dos miradas al encontrarse; pero la deshección de un pobre pájaro encontró nuestros párpados llenos y nuestros corazones tan á punto de estallar, que en el mismo momento volvimos á cubrir la cabeza, y rompimos á llorar. Una lágrima arrastró otra lágrima; un pensamiento á otro; un presagio á otro presagio; un sollozo á otro sollozo. Intentamos hablarnos, pero el acento entrecortado de la voz de uno quebrantaba aún más la del otro; concuerdo por ceder á la naturaleza y por verter en el suelo todas las lágrimas que abrigaban nuestros corazones. La yerba se regó con ellas, el viento las enjugó, las bebió la tierra. Dios las cambió en rayos del sol las convirtieron en vapor.

No quedaba ya una gota de angustia en nuestros corazones cuando levantamos la cabeza el uno á otro, casi sin vernos, á través de la nube de lágrimas. Tal fué nuestra despedida; una imagen de un océano de lágrimas, un silencio eterno. Nos parámonos de este modo, y sin volvernos á mirar temiendo la reacción de aquella mirada. Aquel día de nuestro amor no volverá á ser hollado por nuestros pasos testigo de nuestros amores.

## CXXX

Al día siguiente salí de París, aturdido y silencioso, con la cabeza envuelta en la capa, entre cinco ó seis desconocidos, que hablaban alegremente de la calidad del vino y del precio de la comida de la posada, como de esos carruajes en que se amontonan las personas que viajan sobre las colinas del camino del extranjero. No desplegué una sola vez los labios durante aquella larga y triste jornada.

La pobre madre me recibió con aquella ternura resignada que daba aún á las mismas desdichas un viso de felicidad á su lado. Yo no la lleve otra cosa que un cuerpo enfermizo, esperanzas gastadas, su diamante gastado inútilmente en obsesiones de mi porvenir, una melancolía que ella atribuye á mi ociosa juventud, á una imaginación sin objeto; pero de que yo le ocultaba cuidadosamente la causa verdadera, temiendo añadir una pena más y una pena irremediable, á las muchas que ya

me acompañaban. Me quedé en el verano, aislado, en el fondo de un valle fértil y sobre ásperas montañas, en una alquería que poseía mi padre y que cultivaba una buena familia de labradores. Mi madre me había enviado á vivir á los cuidados de aquellas pobres gentes, que tomara allí los aires más puros y bebiese agua en abundancia. Mi única ocupación era con los días que me separaban del momento en que debería ir á esperar á Julia en nuestro delicioso valle de los Alpes. Las cartas que recibía y contestaba diariamente alimentaban esta dulce esperanza. Estas cartas me disipaban con mil cariñosas palabras la nube de sentimientos siniestros que nuestra despedida había dejado sobre mi alma. De tiempo en tiempo me venía una frase de dolor y de tristeza, puesta involuntariamente entre aquellas perspectivas de felicidad, como una hoja seca entre las verdes hojas de la primavera.



mavera, formaba en mi mente una triste contraposición con la tranquilidad y la perfecta salud de ella me hablaba.

El aire fresco de las montañas, el sueño de la noche, los paseos del día, el trabajo corporal en el campo, y en los campos de la alquería de mi padre, más que todo la proximidad del otoño y la seguridad de volver á ver á la que disponía de mi vida con sus miradas, restablecieron mi salud como por encanto. No quedaba en mi más vestigio de mis dolores, menos que una melancolía dulce y reflexiva espantada en todo mi sér; era como la bruma de una mañana de verano; el silencio que parecía contener un misterio; un instinto de soledad que hacía creer á los paisanos supersticiosos de las montañas que yo estaba en relaciones con los genios de los bosques.

El amor había extinguido en mi todo germen de ambición. Había aceptado mi pobreza y mi obscuridad, conformándome con ella por toda la vida. La resignación piadosa y tranquila de mi madre había insinuado en mi espíritu, con sus santas y sencillas palabras. No tenía otros sueños que los de bajar diez ú once meses al año, de cualquier modo que fuese, y economizar lo bastante para ir á pasar uno ó dos meses al lado de Julia; luego, si el tiempo no llegaba á faltarle, el de consagrarme como esclavo á su servicio, como Rousseau á Mad. Walsby, y el de retirarnos á alguna cabaña solitaria de las montañas, ó á alguno de los sitios conocidos de nuestra Saboya, viviendo de ella como ella vivía de mí, sin volver jamás la cara al mundo vacío. No pedía al amor otra recompensa que la felicidad de amar siempre.

## CXXXI

Solamente una cosa me sacaba algunas veces de las regiones de mis sueños, y era la escasez de dinero que se encontraba la casa de mi padre á causa

de gastos inútiles originados por mí. Las cosechas habían sido escasas por espacio de muchos años seguidos, y acontecimientos imprevistos habían casi caminado en miseria la humilde medianía de mis padres. Cada vez que iba el domingo á ver á mi madre, me contaba sus apuros y vertía lágrimas en mi presencia; lágrimas que ocultaba á mi padre y á mis hermanos. Yo mismo llevaba una vida miserable. No tenía otro alimento en la pequeña alquería que el moreno, leche y huevos del corral. Vendía sedosamente, y uno tras otro en la ciudad, todos los objetos y libros había traído de París, para poder pagar los portes de las cartas de Julia, por las que hubiera vendido mi propia sangre.

El mes de Septiembre tocaba á su fin. Julia me escribía diciéndome que el mal estado de la salud de su marido, que se debilitaba de día en día (fraudemente del amor para ocultar sus propios males y ocultarme crueles dolores), la retenían en París más tiempo del que había creído; pero me animaba á marchar sin demora para ir á esperar á Saboya. Me debía de todos modos reunir conmigo á fines de Octubre.

Me encargaba y me mandaba, por la soberana autoridad de su amor, que estuviese siempre en guardia contra una enfermedad que se oculta bajo el aspecto de una juventud floreciente, y que la agosta y destruye en el momento en que se creía haber triunfado de ella. Esta carta contenía además una consulta y una prescripción de su médico y del mío, el doctor Alain. En ella me mandaba en los términos más precisos, con las más alarmantes amenazas, que permaneciese mucho tiempo en los baños de Aix. Enseñé á mi madre este plan del doctor Alain para motivar mi partida. Había concebido la misma tal temor por mi salud, que no cesaba de dirigir sus súplicas á las instrucciones de los médicos para decidirme á partir. Pero ¡ay! me había dirigido en vano á algunos amigos tan pobres como yo algunos crueles usureros para reunir la pequeña cantidad de doce luises, indispensables para mi via-



je. Mi padre estaba ausente hacía seis meses. Mi madre no podía por ningún concepto agravar su estado de vez y su inquietud pidiéndole dinero. No podía tampoco tomar dinero á préstamo sino haciendo pública una miseria, tan humillante ya á sus ojos. Disponíame, pues, á partir con dos ó tres libras únicamente, esperando encontrar los demás por la generosidad de mi amigo L\*\*\* en Chambery. Pero pocos días antes de mi marcha, mi madre pensando en ello por la noche, halló recursos únicamente el corazón de una madre puede y yo encontrar.

## CXXXII

Había en uno de los ángulos del pequeño jardín que rodeaba por ambos lados la casa paterna un pequeño bosquecillo de árboles, compuesto de tres tilos, de una encina verde, de siete ú ocho robustos álamos, restos de un bosque plantado hace algunos siglos y respetados sin duda como el resto de aquel recinto cuando se había desmontado la colina, edificado la casa y cercado el jardín. Los hermosos árboles formaban el punto de reunión al aire libre de toda la familia en los días de verano. Sus botones en la primavera, sus matices en el verano, sus hojas secas en el invierno, reemplazadas por la escarcha que sostenían sobre sus ramas secas como una blanca cabellera; nos indicaban la sucesión de las estaciones. Su sombra que se recostaba sobre sus pies, ó que se extendían sobre el césped que rodeaba, nos señalaba la hora mejor que un reloj de sol. Mi madre nos había criado y mecido bajo las hojas. Mi padre se sentaba allí, con un libro en la mano al volver de caza, colgando la escopeta sobre las ramas y con los perros jadeantes acostados al lado del banco de madera. Yo mismo había pasado las más dulces horas de mi juventud con Homero y el lémaco abierto delante de mí sobre la hierba.

me el tenderme sobre el tibio césped y apoyado en los codos, teniendo delante de mí un libro, en el momento de vez en cuando las avispas ó los lagartos botaban momentáneamente las líneas. Cantaban allí los ruiseñores, sin que se pudiese jamás descubrir sus nidos, ni aún la rama de donde salía su voz. Este bosquecillo era la gloria, el recuerdo, el objeto del amor de todos. La idea de convertirlo en unos cuantos escudos que no dejarían memoria al corazón, ni gloria ni sombra, no le hubiera ocurrido á nadie. Yo me acordaba á una madre dolorosamente angustiada por la pérdida de su hijo único; esta idea se le ocurrió á mi madre. Con la vivacidad del instinto y la firmeza de la resolución que la caracterizaban, y temiendo sin embargo que la detuviese un remordimiento ó una timidez por resistencia por parte mía si me pedía parecer, me acordé á los leñadores una mañana muy temprano, y fui al hacha hendir los raíces, volviéndose después y cuando para no oír la caída y los gemidos de aquellos antiguos compañeros de su juventud sobre el hielo frío y desnudo del jardín.

## CXXXIII

Cuando al domingo siguiente, volviendo M\*\*\*, me quedé con la vista desde lo alto de las montañas el grupo de árboles que adornaban tan agradablemente la colina, y que ocultaba al sol una parte de la casa, me acordé soñar no viendo en su lugar más que un montón de troncos derribados, ramas descortezadas y resacas, y el caballete de los aserradores de tablas, semejante á un instrumento de suplicio, en que la hacha rechinaba hendiendo los árboles con sus dientes. Corrí, con los brazos extendidos, hacia el cercado. Abrí temblando la pequeña puerta del jardín... Ya no quedaba de pie más que la encina, un árbol y el más antiguo de los álamos, bajo los cuales me acordé colocado el banco.—«Aun queda bastante», me dijo mi madre, que vino hacia mí ocultando sus



lágrimas y arrojándose en mis brazos, la sombra de un árbol vale tanto como la de un bosque. Y más, ¿qué sombra valdría tanto como la tuya? He escrito á tu padre que los árboles incomodan á las hortalizas. ¡No hay que hablar!» Después, llevándome hacia la cómoda, abrió su cómoda, y sacando una bolsa medio escudo:—Tomra, me dijo, ya puedes marcharte; los árboles no serán suficientemente pagados por ti. ¡Vuelves curado y feliz!»

Tomé el dinero avergonzado y llorando. Conste á este en seiscientos francos. Pero interiormente resolví devolvérselos á mi pobre madre.

## CXXXIV

Salí á pie, con mis botines de cuero y mi espada á la espalda, como un cazador. Sólo llevaba conmigo cien francos reunidos de lo poco que yo tenia de la venta de mis últimos trabajos, con el fin de ser en modo alguno gravoso á mi madre. El peso de los árboles me hubiera hecho mucho mal si no dejé escondido en la alquería para devolverle á mi madre tan heroicamente lo había arrancado de su cortejo. Comía y dormía en los más humildes bodegones de los pueblos. Me tomaban por un pobre estudiante suizo que volvía de la Universidad de Strasburgo. No me hacían pagar más que estrictamente el precio que había comido, la lumbrera que había gastado en el colchón en que había dormido. Llevaba únicamente un libro que acostumbraba leer sentado delante de la puerta. Este libro era el *Werther* en alemán. Como estaba en caracteres desconocidos para mí, confirmaba la idea de que yo era un extranjero.

Atravesé de este modo las dilatadas y pintorescas gargantas del Bugey, y pasé el Ródano al pie de la roca de *Pierre-Chatel*. El rio encajonado lavaba continuamente la base de esta roca con una corriente

de agua como la piedra de un molino, y tan cortante como un cuchillo, como para derribar aquella primera cascada de estado que entristece sus aguas con su sombra. Atravesé lentamente el *Monti-du-Chat*, por la senda practicada por los cazadores de gamos. Habiendo llegado á la cima de este monte, contemplé desde mis pies los valles de Aix, de Chambery, de Annecy, de lo lejos y más cerca el lago matizado de rosadas neblinas por los rayos flotantes del sol de la tarde. Parecía que una sola figura llenaba la inmensidad del horizonte. Elevábase ésta de los campos en que nos habíamos encontrado, del jardín del anciano médico, cuyo techo saliente de pizarra se dibujaba entre las chimeneas de la ciudad, de las higueras de la pequeña torre de Bon-Port, de los castaños de la colina de Tresserves, de los bosques de la isla de Chatillón, de las barcas que entraban en las radas, de toda aquella tierra, de aquel cielo y de todas aquellas aguas. Caí de rodillas contemplando aquel horizonte ocupado por una sola sombra; abrí los brazos, y los volví á cerrar cuando si hubiese estrechado su alma al estrechar el que había pasado sobre todas aquellas huellas de nuestros pasos. Me senté después detrás de una cubierta de bojes que impedían á los pastores verme al pasar por el sendero.

permanecí en contemplación y entregado á mis recuerdos hasta que el sol iluminó únicamente las cimas de nieve de Nivellex. No quería ni atravesar el lago ni entrar en la ciudad durante el día. La falta de mi traje, la escasez de mi bolsa, la frugalidad de la vida á que me condenaba la necesidad de poder vivir algunos meses al lado de Julia, hubieron chocado demasiado á los habitantes de la casa del anciano médico. Contrastaba esto demasiado con la elegancia de los vestidos y con el modo de vivir que yo había tenido allí el año anterior. Hubiera tal vez avergonzado á cualquiera persona á quien me hubiera acercado á pedir una habitación en aquella casa de lujo. Tomé, pues, la resolución de introducirme de noche en un barrio de chozas que hay



al borde de un arroyo, entre las campiñas al pie de la ciudad.

Conocía yo allí á una pobre criada llamada Fanchette. Se había casado un año hacía con un hombre que yo quería, y hasta puesto en el granero de su casa una cama y dos camas para poder hospedar á uno ó dos de esos pobres por quince sueldos diarios. Había anticipadamente hecho guardar una de esas camas en un lugar en la pobre mesa de la buena mujer, encargándole el secreto. Mi amigo L\*\*\*, de Chambery, quien había escrito indicando el día de mi llegada, se había anticipado algunos días para prevenir á Fanchette que me guardase la habitación. Además le había rogado que recibiese mis cartas á su nombre en Chambery. Estas cartas me las debía mandar por medio de los conductores de carruajes que me llegaban continuamente de una ciudad á otra. Durante mi permanencia en Aix debía vivir encerrado en la pequeña habitación de la casa del arrabal hasta que llegase la noche. Entonces me dirigiría por las calles de la ciudad á casa del anciano médico. Entraría por la puerta del jardín que se abría al campo, y pasaría las solitarias horas de la noche en deliciosas conversaciones. Contemplábame dichoso con tantas incomodidades y tanta humillación en el recuerdo de aquellas horas de amor. De esta manera me esforzaba á mi entender los deberes que me imponía el sacrificio de mi pobre madre, con el culto que yo le hacía en la mujer que idolatraba.

## CXXXV

Por una piadosa superstición del amor, había dado á pasos el largo camino que tenía que recorrer á pie para llegar del otro lado del Mont-du-Chat á la abadía de Haute-Combe, el día mismo del aniversario de aquel en que el milagro de nuestro primer encuentro y la revelación de nuestros destinos y zonas se había operado en el pobre albergue de

al borde de un arroyo, entre las campiñas al pie de la ciudad. Me parecía que los viajeros tenían su destino como las demás cosas humanas, y que volviendo allí á encontrar el mismo sol, el mismo mes, la misma fecha y el mismo sitio, encontraría una parte del todo que tanto deseaba. Esto sería al menos un augurio de nuestra próxima y larga unión.

## CXXXVI

Desde el borde de las pendientes cortadas á pico bajaban de la cima del Mont-du-Chat hacia el valle, y veíanse ya á mi izquierda las antiguas ruinas y la sombra dilatada de la abadía, que cubría una gran extensión de las aguas. En pocos minutos llegué á ellas; el sol se hundía por detrás de las montañas. El lento crepúsculo del otoño envolvía las montañas, las riberas y las olas. Sin detenerme en las ruinas, atravesé con rapidez el hermoso campo que nos habíamos sentado sobre las piedras del camino al lado de las colmenas. Las colmenas y las flores estaban allí aún; pero no se veía el resplandor del fuego detrás de los vidrios de la casa de los viajeros, ni humo sobre su chimenea, ni redes tendidas á secar sobre la empalizada del jardín.

Al llamé, pero no me respondieron. Sacudí el picaporte de madera y la puerta se abrió por sí misma. Entré en aquella pequeña habitación, de ennegrecidas paredes, pero el hogar estaba barrido y no quedaban ni aun cenizas. Habían desaparecido la mesa y los muebles. Las baldosas de piedra del pavimento estaban cubiertas de paja y de plumas desprendidas de cinco ó seis nidos vacíos de golondrinas, suspendidos como una cornisa de las negras vigas del techo. Subí la escalera clavada en la pared: esta escalera conducía á la habitación alta en que Julia me había conocido de su desmayo con la mano colocada sobre su frente: entré allí como se entra en un santuario; paseé mis miradas por la habi-











tierra, pues ha subido al cielo pronunciando vuestro nombre... El jueves al salir el sol... antes de morir me lo ha confiado todo... Me ha encargado que os envíe sus últimos pensamientos, que ha escrito hasta el minuto en que su mano ha quedado helada sobre vuestro nombre... ¡Amadla en nombre de Cristo que no ha amado hasta la muerte, y para vuestra madre!—ALAIN».

## CXL

Caí sin sentido sobre la paja, y no volví en mí hasta que la temperatura glacial del viento de la noche se hizo sentir sobre mi frente. Ardía la vela, tenía convulsivamente apretada entre las manos la carta del médico. El paquete intacto estaba sobre el suelo. Le abrí con mis labios, como hubiese temido profanar, rompiéndolo con mis dedos, aquel sello de un mensaje del cielo. Cayó sobre él sobre mis rodillas una porción de cartas escritas de manos de Julia. Estas cartas estaban ordenadas por orden de fecha.

Decía la primera:

«¡Rafaell ¡Rafael míol ¡Hèrmanol ¡Perdonadme vuestra hermana por haberos engañado tanto tiempo... ¡Nunca había abrigado la esperanza de volver á ver en Saboyal... ¡Sabía que mis días estaban contados, y que no viviría lo bastante para alcanzar esa felicidad!... Cuando á la puerta del jardín Mousseau os dije:—«Hasta otra vez Rafael,» no comprendisteis pero, Dios me comprendía. Quería decir: ¡hasta vernos eternamente en el cielo! ¡Niño inocentel Había encargado á Alain que se engañase también y que me ayudase á hacer el viaje de París. Debía y quería ahorraros un dolor próximo, que hubiera destrozado vuestro corazón aniquilado vuestras fuerzas... Y además... perdí otra vez, os lo quiero decir todo: no quería

quería morir... quería correr un velo entre vos y algún tiempo antes de la muerte... ¡Ah, la muerte tan fría!... Yo la veo, la siento, y me horroriza... ¡Rafael, yo quería dejar en vuestros ojos una imagen de belleza que pudieseis contemplar y adorar siempre!... Pero ahora no partáis... No vayáis á verme á Saboya. Esperad unos días, dos ó tres días más... y no tendréis que esperarme en ninguna parte... Yo estaré en todas, Rafael; estaré donde estéis.»

Esta carta estaba empapada en lágrimas. Estas cartas habían puesto áspera y dura la superficie del papel.

La segunda carta, fechada un día después, decía

«A media noche, hoy...

Rafael: Vuestras oraciones me han alcanzado la gracia del cielo. Ayer he pensado en el árbol de adoración de Saint-Cloud, al pie del cual ví á Julia á través de vuestra alma. Pero hay aún otro árbol más divino, el árbol de la Cruz... He abrazado este árbol... y ya no me separaré de él... ¡Oh, cómo bien se está bajo aquella sangre y aquellas lágrimas que lavan y purifican! Ayer llamé á un sacerdote de quien Alain me había hablado. Es un sacerdote que lo sabe todo, que todo lo perdona... Le descubrí mi alma y esparció en ella la luz y la vida... ¡Oh! ¡Cuán bueno es ese Dios, qué indulgente, qué lleno de mansedumbre, cuán poco le importamos! ¡El permite que os ame, que seáis mi hermana, si queréis, que yo sea en la tierra vuestra hermana, si queréis, y vuestro ángel en el cielo si muerol... ¡Rafael, querámosle, pues El quiere que nos amemos como querámosle!»

Debajo de estas líneas había una pequeña cruz, y encima la impresión de un beso en torno de ella.



## CXLI

Otra carta, escrita con una letra enteramente figurada y cuyos caracteres se cruzaban y se mezclaban sobre el papel, como en las tinieblas, decía:

«Rafael: Quiero deciros una palabra más. Mas ya no podría hacerlo... Cuando sepáis mi muerte no muráis vos. Yo velaré por vos desde allá arriba. Seré buena y poderosa como ese Dios á quien voy á reunir... Volved á amar... Dios os envía otra segunda hermana, que será además una compañera de vuestra vida... yo misma se lo pareceré... ¿Cómo estando en el cielo he de tener celos vuestra felicidad?»

«Me encuentro mejor después de haberos escrito estas líneas. Alain os remitirá estos pensamientos una trenza de mis cabellos. ¡Voy á dormir!...»

Otra carta, en fin, casi ilegible, contenía solo estas líneas:

«¡Rafael, Rafaell ¿Dónde estáis? He tenido bastante fuerza para salir de la cama... he dicho á la mujer que vela al lado de mi cama que me deje estar sola. Me he arrastrado, á la luz de la lámpara, de silla en silla hasta la mesa en que escribo... ya no veo, mi vista se obscurece... Veo flotando manchas negras sobre el papel... ¡Rafael, ya no puedo escribir!... ¡Oh! al menos estas palabras...»

Después, en letra muy gruesa, como la de un niño que toma la pluma por la vez primera, habían escrito dos palabras que ocupaban toda la línea, y que cubrían todo el pie de aquella página:

«¡Rafael, adiós!»

## CXLII

Habíame caído de las manos todas estas cartas. Sollozaba sin derramar una lágrima, cuando ví una pequeña carta, de letra de su anciano marido. Este billete se había caído de entre las cartas al tiempo de romper la segunda cubierta. No había en él más que estas palabras:

«Julia ha muerto, con su mano entre las mías, algunas horas después de haberos dado el último beso. He perdido á mi hija... sed vos mi hijo durante el corto tiempo que me queda que vivir. Escribidme viéndola allí como dormida, con la expresión de una persona que en su último pensamiento ha sonreído al ver alguna cosa más allá de nosotros. Nunca la he visto tan hermosa. Al mirarla me veo predispuesto á creer en la inmortalidad. Yo os he amado por ella. Amadme vos por ella también.»

## CXLIII

«Es cosa rara y feliz á la vez para la naturaleza humana, la especie de imposibilidad que hay en creer en el primer momento en la completa desaparición de una persona que se ha amado con delirio... Rodeado de los testimonios de su muerte, esparcidos á mi alrededor, no podía creerme aún separado para siempre de Julia. Su pensamiento, su imagen, sus facciones, el timbre de su voz, el carácter particular de sus palabras, el encanto de su rostro, estaban tan presentes á mi imaginación, y, por decirlo así, tan incorporados á mí, que me parecía que ella estaba allí conmigo que nunca, que me rodeaba, que me hablaba, que me llamaba por mi nombre, y que al levantarse iba á reunirme á ella y á volverla á ver. Hay una distancia que Dios ha colocado entre la certidum-



bre de lo perdido y el sentimiento de la realidad como los sentidos colocan otra entre el hacha que ve caer sobre el tronco del árbol y el ruido que percibe el oído algún tiempo después. Esta distancia debilita el exceso del dolor engañándolo. Algún tiempo después de haber perdido lo que se ama, se ha perdido aún del todo, y se vive con la producción de esta existencia. Se experimenta una sensación comparable á la que siente la vista cuando se ha fijado algún tiempo en el sol poniente. Aunque el astro haya desaparecido del horizonte, sus rayos se han ocultado á nuestros ojos, é irradian sobre nuestra alma. No es sino poco á poco, y á medida que las impresiones se extinguen y se precisaban, entriarse, como se llega á creer en una separación sentida y completa, para poder decir: «¡Ha muerto para mí!» ¡Por qué la muerte no es la muerte, es el olvido!

Sentí yo ese fenómeno del dolor durante aquella noche en toda su fuerza. Dios no quiso que bebiera todo mi dolor de una sola vez, temiendo anegarme él toda mi alma. ¡Me dió y me dejó por mucho tiempo la ilusión y la convicción de la presencia ante mis ojos y á mi alrededor del sér celeste que no me había permitido ver más que un instante para tener que volver sin duda durante toda mi vida mis ojos y mi pensamiento hacia aquel cielo lo adonde la llamó en su primavera y en su amor.

Cuando la vela del pobre barquero se hubo apagado, coloqué aquellas cartas sobre mi corazón. Me sé mil veces el suelo de aquella habitación, que había sido la cuna de nuestro amor, y que había llegado á ser su sepulcro; tomé mi escopeta, y lancé maquinalmente como un insensato á través de las gargantas de la montaña. La noche estaba sombría. Se había levantado viento. Las aguas del lago, impulsadas contra las rocas, despedían en choque un ruido tan semejante á la voz humana que muchas veces me detuve y me volví creyendo oír pronunciar mi nombre.—¡Oh, sí; me llamaban desde el cielo!

## CXLIV

No ignoras, amigo mío, quien me encontró en la mañana del día siguiente, errante en el fondo de un precipicio, entre las tinieblas del Ródano. ¿Sabes por quien fuí vuelto á los brazos de mi madre. . . . .

Diez años han pasado sin poder arrastrar con ellos el peso de los recuerdos de aquel grande año de mi juventud. Cumpliéndose la promesa de Julia de encontrarme desde allá alguien que me consuele, Dios me ha cambiado su don por otro, y no me lo ha devuelto aún. Cuando me siento en las alturas de la montaña de Tresserves, al pie de los castaños que han aprendido á latir su corazón; cuando contemplo aquel cielo; aquellas montañas, aquellas nieves, aquellos ríos, aquellos árboles, aquellas rocas escarpadas, aprehendidos de una atmósfera caliente que parece envolver la sierra entera en un perfume líquido; cuando me voy estremecerse á las hojas, zumbar á los insectos, suspirar á las brisas, y las olas del lago rozarse suavemente con la orilla, con el ruido de una vela de seda que se desdobra pliegue por pliegue; cuando miro la sombra de la que Dios ha hecho mi compañera hasta el fin de mis días, dibujarse á mi lado sobre la arena ó sobre la yerba; cuando siento en el interior una plenitud que nada más desea en esta vida, y una paz no turbada por suspiro alguno, creo que el alma feliz de la que un día se me apareció en aquellos lugares elevarse resplandeciente é inmóvil de todos los puntos de aquel horizonte, llenar de luz sola ese cielo y las aguas, brillar en aquella luz, elevarse en aquel éter, arder en aquellos fuegos, sumergirse en aquellas olas, respirar aquellos murmullos, orar, alabar, cantar en aquel himno de vida que se desprende de las cascadas formadas de la nieve derretida que caen sobre el lago, y hacen des-



cender sobre el valle y sobre los que se acuerda  
de ella, una bendición que se ve con los ojos, que  
se escucha con los oídos y que se siente en el  
alma.»

*Hasta aquí llega el manuscrito de Rafael.*

FIN

BIBLIOTECA MAUCCI

# GRAZIELLA

POR

Alfonso de Lamartine

Traducida al español

POR

A. F. R.

Vosótras que al ingrato á quien adoro  
Veréis quizá cuando con negro velo  
Mis ojos cubra la cercana muerte,  
Virgenes, atended mi último ruego;  
Llevadle mis adioses y decidle  
Que fué su nombre mi postrer acento.

*Lamartine.=[La muerte de Safo]*



BARCELONA

Casa editorial MAUCCI, Calle Mallorca, 226 y 228

1901